



LA REGENERACION POLÍTICA.

A la obsesión de la guerra ha sucedido la obsesión de la regeneración; pero ésta se va tanto en palabras que es de temer que en ellas se consuman todas las energías regeneradoras.

Parece ser regla general que los pueblos quebrantados se repongan en silencio—Prusia después de las guerras de Napoleón I, Francia en 1871—y efectivamente las convalecencias solo adelantan en la quietud y el retiro. Se conoce que para España la convalecencia no ha empezado todavía: dura aun la excitación de la crisis pasada. El enfermo habla mucho, habla en una especie de sub-delirio: los médicos y los que le quieren aguardan pacientemente la postración, la lasitud, el sueño reparador.

Pero la naturaleza es tan fuerte y tan misteriosa, que muchas veces la voz de la salud habla por boca de la enfermedad, es decir, que el enfermo, entre las extravagancias de su delirio, pide el remedio que realmente le conviene. Por esto hay que atender ahora al prolongado delirio de España para acoger cualquiera indicación provechosa que pudiera salir de sus desordenados discursos.

Una idea fija, entre otras, encuentra expresión frecuente: esta idea es la de un cambio de sistema político. Será manía ó será instinto saludable, pero es lo cierto que de nuestras recientes desgracias culpamos principalmente al régimen parlamentario y á los hombres políticos que ha producido; y al mismo tiempo suponemos que cambiando el sistema nuestros males serian pronto remediados.

Por lo mucho que ha cundido esta idea, sobre todo fuera de los círculos políticos, y por haber encontrado últimamente expresión muy adecuada en un artículo de la «Revista Contemporánea» de Madrid, creemos que puede ser de algun provecho fijar la atención en este escrito, debido al profesor de derecho político y administrativo de la Universidad de Valladolid, D. Antonio Royo Villanova.

Nuestra regeneración—dice el señor Royo—para ser verdadera y eficaz ha de ser múltiple: económica, pedagógica, religiosa, moral, política. Esta última es acaso la menos importante, pero yo—añade—por mi profesión me he fijado preferentemente en ella.

Observa el profesor de Valladolid que, aunque todas las naciones modernas se rigen por el sistema constitucional, éste no reviste igual forma en todas ellas, sino que ofrece dos aspectos principales: el representativo y el parlamentario: el primero basado en la división y relativa independencia de cada uno de los poderes legislativo, administrativo y judicial, como en los Estados Unidos y en Alemania, y el segundo, que se puede llamar de los *gobiernos de gabinete*, en el cual todos los poderes están subordinados al legislativo, es decir, á las Cámaras, al Parlamento, como en Inglaterra, Francia, Italia y, hasta cierto punto, en España.

Y respecto á España decimos hasta cierto punto porque, como observa muy bien el señor Royo al estudiar el funcionamiento constitucional en cada uno de los Estados antedichos, en España el sistema parlamentario funciona al revés. Esto es, que así como en Inglaterra y en Francia el Parlamento es antes que el gobierno, y los ministros salen de la voluntad de las Cámaras, en España el Parlamento se hace después que el gobierno y á gusto de éste por el sistema del encasillado, que es, como si dijéramos, de la farsa electoral. Y este vicio de origen trasciende á todo su funcionamiento. Por esto aquí los cambios de gobierno nunca son los normales del sistema; aquí los gobiernos no se van por haber perdido unas elecciones (que nunca pierden), ni vienen por haber logrado una mayoría en las Cámaras. Van y vienen por sucesos esteriore, por un motin de cadetes, por incompatibilidad de humor entre los ministros, por corazonadas, etc. Nuestro régimen solo puede llamarse parlamentario por la dependencia inversa que hay del Parlamento respecto del gobierno, por ganarse las carteras á fuerza de discursos (cuando no se reparten en las tertulias domésticas), y porque los di-

putados y senadores piden y obtienen favores del gobierno á cambio de servicios parlamentarios. Esto quiere decir que solo tenemos sistema parlamentario en el mal sentido de la palabra.

Todo organismo que funciona mal produce necesariamente irregularidades, cuerpos extraños, tumores: los tumores del parlamentarismo español son las oligarquías políticas y el caciquismo, que envenenan ó interceptan las relaciones naturales entre el pueblo y el poder supremo. En que tales relaciones se produzcan de un modo normal y espedito estriba la razon de ser de todo sistema político; y cuando en un Estado estas relaciones quedan interrumpidas ó viciadas, bien puede afirmarse que el sistema político causante del vicio ó de la interrupcion no tiene razon de ser, y no solamente no tiene razon de ser, sino que hay razon para que no sea, para que se quite de en medio como un estorbo.

Los elementos sanos son los que han de espulsar el cuerpo extraño y morbooso, y en España solo hay dos elementos sanos con vida propia y normal: estos dos elementos son el Rey y el pueblo. La reaccion eliminadora ha de partir, pues, de arriba y de abajo. «La obra de la revolucion—dice el señor Royo—ha fracasado del todo. Vinieron los revolucionarios y dijeron pomposamente: «Destruyamos el absolutismo de los Reyes y reintegremos al pueblo en su soberanía inalienable»; pero al coger la Corona de los Reyes para dársela al pueblo, se quedaron con ella. El Monarca ya no es Soberano, pero la nacion tampoco. Entre el Soberano del pasado y el Soberano del porvenir se han atravesado los Soberanos del presente, y hoy la soberanía se halla distribuida entre los grandes *primates* que se reparten los puestos parlamentarios y los empleos administrativos en proporcion á su influencia.»

Compara el señor Royo esta situacion con la creada en la Edad media por el feudalismo, que se interpuso entre los pueblos y los Reyes. «¿Cómo acabó el feudalismo?—añade—. Por la union del pueblo con el Rey. ¿Cómo acabará el feudalismo actual? Por la union del poder supremo con la gran masa de la nacion. Y como yo no soy absolutista—dice en seguida—y creo firmemente que el régimen constitucional (no el parlamentario) es la forma política esencial del Estado moderno, considero como única y necesaria solucion que se forme un gobierno fuerte que vigore el poder público y haga con los políticos de oficio lo que los Reyes Católicos con los privilegios de la nobleza. Pero entiéndase bien que este poder ha de apoyarse en el pueblo, y encontraría en él seguramente apoyo, pues no puede menos de ser popular todo lo que tienda á suprimir obstáculos al bien público. El pueblo siempre mira con simpatía los actos encaminados á reprimir los abusos y demasías de los poderosos.»

«Para esto—continúa el catedrático de Valladolid—se necesitan, como he dicho, dos impulsos: el de abajo y el de arriba. El de abajo se ha iniciado ya; solo falta seguirlo, encauzarlo, hacerlo irresistible. Pero las sociedades y asambleas que pueden formular deseos y aspiraciones, y hasta indicar soluciones, no pueden gobernar. Hace falta, pues, que arriba respondan á este movimiento y que los deseos del pueblo sean servidos por una voluntad firme y enérgica. Si la accion viene solo de arriba, los grandes caciques se refugiarán en el pueblo y se mezclarán insinuantes entre sus masas, hablándoles de despotismo y de dictadura. Si el impulso viene solo de abajo, los grandes caciques clamarán contra la demagogia, la anarquía, y se ofrecerán solícitos al poder supremo para defenderlo apoyando la causa del orden. Pero poniéndose de acuerdo los de arriba con los de abajo, los de en medio no tienen escape.»

Como se ve, el señor Royo ha condensado perfectamente una de las ideas fijas del pueblo español en los actuales momentos: cambio de régimen. ¡Cambio de régimen! parece ser el grito del instinto de conservacion nacional.

Ahora bien, ¿hay en España hombres que se sientan con alma para realizar esta obra, unificando en su brazo el esfuerzo de arriba y el de abajo? Porque al fin y al cabo la cuestion ya queda reducida á esto; la voluntad del poder supremo y la del pueblo están indudablemente prontas. Si estos hombres existen, muéstrense cuanto antes con un golpe de audacia que es la mejor señal que pueden dar de su predestinacion. Pero si España ya no puede dar de sí tales hombres, entonces ¿por qué prolongar el delirio de los vanos discursos? Entón-

ces el pueblo se retirará á su pan de cada día, exclamando ya para siempre: «Sea lo que haya de ser».

Y los políticos de oficio y los caciques podrán continuar en paz, solos, aislados del pueblo, sus cábalas y su actividad morbosa. Podrán *apacentarse á sí mismos*, según la frase del profeta Ezequiel, que Santo Tomás—como recuerda el señor Royo al final de su artículo—aplicaba á todos los malos gobernantes en general. Pero piensen los nuestros que la frase del profeta estaba formulada en tono de amenaza. Decía así: *¡Ay de los pastores de Israel que se apacentaban á sí mismos!*

J. MARAGALL.

REVISTA DE PARÍS.

La temperatura de los primeros días de invierno fué tan benigna, que los parisienses comenzaron á creer que este año no se dejaría sentir el frío con rigor, diciéndose con cierto orgullo que su ciudad podría hacer la competencia á las estaciones hivernales de las orillas del Mediterráneo. Pero tras de los sueños viene el despertar y éste lo hemos tenido con algunos días de frío vivo y seco y con la aparición de la nieve por añadidura. Por la tarde, cerca del anochecer, comenzó la silenciosa nevada, que trasformó pronto las calles en superficies de hielo, en las cuales resbalaban y caían los caballos á cada momento, negándose á dar un paso. A la salida de los teatros y de las reuniones mas de una pareja elegante se vió obligada á dirigirse á pié á su casa, entre mil dificultades, y algunas se encontraron sitiadas en los coches teniendo que aguardar socorro. París quedó alfombrada con una blanca alcatifa que los barrenderos han hecho desaparecer arrojando sal por las calles y convirtiéndola en sucio limo.

Otra consecuencia de la estación ha sido el cierre de la caza, con gran disgusto de cuantos ven en este ejercicio el útil remedio á la tensión de espíritu á que nos lleva la práctica diaria de los negocios. ¿Creerán mis lectores que desde la apertura han entrado en el pabellon especial del gran Mercado millones de kilos de caza, esto es, 1.500.000 kilos de procedencia francesa y 850.000 kilos venidos del extranjero, representando el conjunto unos dos millones de piezas próximamente? Esto da respetable idea de la capacidad de los estómagos en esta capital. En aquel total se encuentran guarismos curiosos: la perdiz figura en él por 510.000 piezas, el conejo de bosque por 412.000 y la liebre por unas 200.000. Cuéntanse además 140.000 codornices, 12.000 gamos y 2.000 gallos silvestres, hermosa y delicada ave que nos viene de Escocia. Se ha notado que, comparado con el año anterior, hay en el actual disminucion en la caza de aves y aumento en las liebres. Muy distintamente irian las cosas si se suprimiesen las licencias de caza como lo piden nuestros demócratas, en su afán de que el derecho á cazar entrase en la soñada igualdad universal. En tres años no quedaria en Francia una pieza de caza, mas como las licencias constituyen un pingüe ingreso para el Estado, se opondrá éste con todas sus fuerzas á que se realice aquella abe-
racion.

No se ha entregado á la caza de perdices, mas sí á la de fiambres, botellas de Champagne, vino, cerveza y licores, el público nada selecto invitado por el Ayuntamiento á la primera fiesta ó baile que ha dado á sus electores parisienses en el magnífico palacio donde por desdicha se encuentra instalado. Se ha bebido, se ha comido, se ha bailado, se ha escuchado un selecto concierto, mientras se aguardaba con impaciencia la llegada del presidente, quien hizo su aparición á las once, con Mme. Félix Faure, llevando una hermosa *toilette* de terciopelo guarnecida con encajes blancos. Así que entró en el salon, todo el mundo se quedó parado para escuchar la obligada *Marsellesa*, seguida de un grito de ¡Viva el ejército! que dió la multitud. Saludó M. Faure y los gritos redoblaron, convirtiéndose en una verdadera manifestacion patriótica, que el presidente oyó sonriéndose. Tan pronto como se hubo marchado el cortejo oficial, se reanudó la fiesta con mas calor, pudiéndose creer que con ella se asegurará la reeleccion de mas de un concejal, ya que el público de aspecto algo popular reunido en la Casa Consistorial parecia encantado de poder pasear por aquellas espléndidas galerías á costa de los contribuyentes.